

LA BIBLIOTECA CENTRAL DE LA UNIVERSIDAD, 2023

Carlos Reyes Sahagún¹

Sin darle demasiadas vueltas –de hecho, ninguna–, mi lugar favorito de la Universidad es la Biblioteca... Esto me recuerda algo que le escuché a Felipe Martínez Rizo hace años –o quizá sólo lo soñé–: que la institución debía organizarse, físicamente hablando, alrededor de la biblioteca; las aulas y cubículos alrededor del reservorio intelectual de la humanidad. Pienso en ello y fantaseo con la idea: la biblioteca como el edificio principal de la Universidad; el más notable de todos. La biblioteca como el altar mayor del templo del conocimiento; no donde se realiza sacrificio alguno ni derramamiento de sangre, sino en el que se lleva a cabo la maravilla del diálogo, el viaje a la conciencia y la comprensión del universo y la humanidad de todos los tiempos.

1 Profesor e investigador del Departamento de Historia y cronista del municipio de Aguascalientes.

Ahora todo en nuestra máxima casa de estudios se organiza alrededor del ID, que es la clave de identificación que le asigna a uno un lugar en la estadística universitaria; en el archivo, en el control escolar o en la nómina. Entonces, para obtener un libro en préstamo ya no se requiere presentar la credencial, ni llenar la tarjeta adosada a los libros. Basta con marcar el número correspondiente, entregar los ejemplares a los encargados, que los someten a un lector óptico, para determinar la fecha de entrega, y neutralizar una clave que dispara una alarma si es que uno pretende llevárselos por la libre. Gracias a esto último, ahora tampoco se precisa, como antes, revisar a la salida las bolsas que uno lleva, por aquello de evitar que a la pared interna del artículo se adhiriera indebidamente algún ejemplar.

De veras me gusta la biblioteca, sus grandes espacios; abiertos, sus lugares pequeños entre las mesas de trabajo; entre libros, su luminosidad, sus ventanales, que permiten observar el coqueteo de las palomas, y también de los estudiantes, aparte de los espacios verdes del campus y las jacarandas, no importa en qué tiempo, si claman por agua o si rebosan de coquetas flores moradas. Desde luego, uno no va la biblioteca a observar las evoluciones del amor y el deseo y/o instinto (¿o sí?), sino a escuchar las voces que el sol ha criado con tanta paciencia; y quizá con amor –es un decir; un pobre intento de hacer poesía, nomás–, a través de los milenios. Y sin embargo ahora, cuando uno habla de la biblioteca, debe ser más específico y decir *Central* o *Norte*, porque ahora hay que considerar la construida en la zona limítrofe con el campo de golf del Club Campestre, que también es un espacio idóneo para la reflexión y la reconciliación con la humanidad, la propia y la ajena, gracias a un ambiente tranquilo para el espíritu, agradable.

Hablo de la Central, la que lleva el nombre de Desiderio Macías Silva, el *poeta de la luz*, aquel que dio a la institución su lema, y con él señaló el derrotero que debe seguir siempre la Universidad: *Se lumen proferre*, es la biblioteca a la que asisto con regularidad, porque es ahí en donde están los textos de los temas que más me interesan. Confieso que ir a la biblioteca me produce emociones encontradas, una especie de eufórica melancolía, o de euforia melancolía.

cólica; una suave sensación de desazón; como de pérdida. Porque, por una parte, me conmueve la grandiosidad del saber concentrado en los libros, como si el conjunto constituyera una prodigiosa obra de arte, digna de la más detenida admiración; y por el otro, tengo la certeza de la imposibilidad para degustarlo todo; por lo menos todo lo que me interesa, de la arquitectura a la política, de la música a la astronomía. No hay vida que alcance para tanta riqueza, y ni cómo remediar tamaña injusticia.

En una ocasión, a principios de algún semestre de agosto-diciembre, andaba yo entre los estantes, a la búsqueda de ideas interesantes sobre el pasado y el presente, en relación con la emergencia de la Europa moderna, y me tocó testificar un momento de la inducción a los nuevos estudiantes de veterinaria. La escena me conmovió de tal manera que dejé de hurgar entre los estantes, para observar a estos flamantes universitarios. Se veían... como desamparados, asustados. No sé si por el reto que representa este salto mortal del bachillerato a la universidad, o por lo que de pronto significaría lanzarse un clavado en este espacio de papel y silencio, de conocimiento, y buscar hacer luz allá, en el fondo de la mente, no lo sé. El hecho es que iban recorriendo el espacio en seguimiento de una mujer que les explicaba cosas, y en ellos se dibujaba esa mirada maravillosa, excepcional, de la primera vez... Quizá para más de alguno aquella era la primera ocasión en que visitaban la biblioteca, ese espacio monumental que guarda el saber humano sobre el universo, lo que el género humano ha pensado y escrito de sí mismo, de sus realizaciones, de sus sueños, en una complicada edificación intelectual; una auténtica torre de Babel.

A veces, en momentos de tensión, me doy mis vueltas por ahí. Me gusta recorrer la estantería, presentir todas esas voces que anidan en las páginas de los libros, y en ocasiones sacar al azar algún volumen de título sugerente, y abrirlo y leer un párrafo o dos, y sentir esas voces mágicas de un pasado remoto; perdido, que, por obra y gracia del papel impreso, esa invención portentosa que son los libros, llegan hasta nosotros; hasta mis ojos asombrados, mi mente estimulada.

Tengo preferencia por dos áreas en especial: literatura e historia; en particular esta última temática. Me gusta recorrer la estantería y presentir el clamor de voces que se refieren a las pasiones humanas, el eco del paso distante de los hombres, las voces que hablan de darle cuerpo a sus sueños y construir el mundo que imaginaron, la marcha de los ejércitos, el estruendo de las locomotoras de vapor, los filósofos enunciando sus doctrinas, Dios dictándole a Johann Sebastian Bach sus memorias, y éste escribiendo febrilmente alguna cantata, la visión de los grandes veleros, la multitud que sigue a un hombre que monta a caballo, el asombro por la obra de los artistas, los hombres de otro tiempo hablándonos a los de éste; o los de éste, intentando comprender un mundo perdido.

Pero luego ocurre que encuentro libros que dan lástima, viejos libros de virginidad estéril, manifiesta en sus páginas sin cortar, como por ejemplo este volumen de las obras completas de Justo Sierra, nada más y nada menos: *Viajes en la tierra Yankee y en la Europa Latina*. Me encantaría detenerme a conocer sus impresiones sobre el Vaticano, particularmente tratándose de un personaje con tanto lustre, pero mis urgencias temporales se dirigen ahora hacia otras latitudes y tiempos, así que quizá en otra vida. ¡Pobre libro! Ahora, para mi desgracia, y la suya –no es tan grave, pues– yo me sumo a los que han pasado de largo ante él, y le conservan la inútil virginidad.



Fotografía propiedad de Carlos Reyes Sahagún. La Biblioteca Central “Dr. Desiderio Macías Silva” en el Campus Central de la UAA.